

ejército de ochenta mil hombres, solo le quedaban cuarenta mil en estado de poder pelear, incluso los prusianos, y si sucumbían en aquella lucha desesperada, no tenía con que cubrir la retirada. Sin embargo, titubeaba aun, cuando fueron á anunciarle un suceso de gravedad: este suceso se reducía á que el mariscal Ney que seguía muy de cerca á los prusianos, acababa de llegar hácia nuestra izquierda como el mariscal Davout habia llegado aquella mañana hácia nuestra derecha, é iba á desembocar por Althof.

Así, pues, aunque el tiempo retardó las combinaciones de Napoleon, no por eso dejaron de llegar de resultas de ellas hácia los dos flancos del ejército ruso las fuerzas que debían decidir la victoria. Convenía, pues, al enemigo emprender la retirada cuanto antes, pues como el mariscal Davout se habia mantenido en Klein-Sausgarten, no tenia mucho que hacer para encontrarse con el mariscal Ney, quien habia avanzado hasta Schmoditten, y la reunion de estos dos mariscales esponía á los rusos á ser envueltos. El general Benningsen dió, pues, al momento la orden de retirada; pero sin embargo para asegurar esta, quiso contener al mariscal Ney y ver si podia quitarle la aldea de Schmoditten. Protegidos por las sombras de la noche, y con el mayor silencio, marcharon los rusos hácia la aldea, con el fin de sorprender á las tropas del mariscal Ney, que habian llegado tarde á aquel campo de batalla en que costaba trabajo conocerse unos á otros; pero estas se mantenían en guardia. El general Marchand, con el 6.º de ligeros y el 39 de línea, dejó que los rusos se acercasen, y despues los recibió con un fue-

go á boca de jarro que les obligó á detenerse: en seguida corrió hácia ellos á la bayoneta, y les hizo renunciar á todo ataque sério, pues desde aquel momento se pusieron los enemigos definitivamente en retirada.

Conociendo Napoleon por las fogatas de los mariscales Davout y Ney el verdadero estado de las cosas, sabia que era dueño del campo de batalla, pero no estaba seguro sin embargo de si tendria ó no que otra dar aquella misma noche ó á la mañana siguiente. Por lo demas, ocupaba la llanura que se estendia mas allá de Eylau, teniendo delante de sí y en el centro la caballería y la guardia, á la izquierda, por delante de Eylau las dos divisiones de Legrand y Leval del cuerpo del mariscal Soult, y á la derecha la division de Saint-Hilaire que se daba la mano con el cuerpo del mariscal Davout situado mas allá de Klein-Sausgarten: es decir, que el ejército francés describía una línea oblicua sobre el terreno que los rusos tuvieron aquella mañana. Mucho mas allá, y sobre la izquierda aislado el mariscal Ney, se hallaba detras de la posición que el enemigo abandonaba de prisa y corriendo.

Seguro Napoleon de haber conseguido la victoria, pero triste en el fondo de su corazón, permaneció en medio de sus tropas, mandando encender fogatas, y que nadie dejase las filas, ni aun para ir á buscar viveres. A poco se repartió á los soldados un poco de pan y aguardiente, y aunque no habia bastante para todos, no se les oyó quejarse: menos alegres que en Austerlitz ó en Jena, estaban llenos de confianza, envanecidos de sí mismos, y dispuestos á volver á empezar aquella lucha ter-



rible, si los rusos tenían valor y fuerza para ello. Cualquiera que les hubiese dado en aquel momento el pan y aguardiente de que carecían, les hubiera encontrado tan alegres como de costumbre: baste decir que como dos artilleros del cuerpo del mariscal Davout no hubiesen estado en su compañía durante aquella jornada, y hubieran llegado demasiado tarde para concurrir á la batalla, se reunieron sus camaradas aquella noche en el bivac, los sentenciaron, y no admitiendo sus disculpas, les impusieron en aquel terreno, empapado en hielo y sangre el castigo burlesco á que los soldados llaman *remiendo de viejo* (1).

Munición era lo único que había en abundancia, de suerte que el servicio de artillería, que se ejecutaba con extraordinaria actividad, quedó habilitado al instante, repartiéndose tantas municiones como se habían consumido. El servicio de los hospitales de sangre se hacía con no menos celo, recogiendo en consecuencia gran número de heridos, y dando á los demás algunos auxilios en el sitio donde yacían mientras no se les trasladaba, de todo lo cual cuidaba Napoleón, á pesar de que no podía tenerse en pie de puro cansado.

No todo andaba tan bien á espaldas del ejército, pues muchos rezagados que faltaron á las filas aquella mañana de resultas de la rapidez de las marchas, oyeron el estruendo de aquella espantosa batalla, percibieron algunos *hurra*s de los cosacos y se replegaron esparciendo por los caminos noticias á cual mas alarmantes. Los valien-

(1) Tomamos estos pormenores de las memorias militares del mariscal Davout, que aun no han visto la luz pública.

tes acudían á reunirse con sus camaradas, pero los demás se iban, tomando las distintas direcciones que había ido recorriendo el ejército.

Cuando al día siguiente empezó á amanecer, al ver aquel espantoso campo de batalla, hasta Napoleón se conmovió, según dió á conocer en el boletín que publicó acerca de aquel terrible hecho de armas. ¿Mas qué mucho si presentaba un espectáculo horroroso aquella helada llanura, cubierta de millares de muertos y moribundos cruelmente mutilados, millares de caballos derribados en tierra, una innumerable cantidad de cañones desmontados, de trenes rotos, de proyectiles esparcidos acá y allá, de lugarejos ardiendo, y *todo esto destacándose de un fondo de nieve* (1).—¡Este espectáculo, exclamó Napoleón, es el mas á propósito que puede darse para inspirar á los príncipes amor á la paz y horror á la guerra!—Esta reflexión es muy singular en su boca, pero la hizo con sinceridad en el momento en que la soltó.

Hablaremos de otra particularidad que llamó la atención á todos: ya por deseo de resucitar lo pasado, ya también por economía, se había querido dar á las tropas uniforme blanco, haciendo un ensayo en algunos regimientos; pero el ver sangre en los uniformes blancos decidió la cuestión, pues lleno de horror Napoleón dijo que solo quería uniformes azules, costaran lo que costaran.

El aspecto de aquel campo de batalla abandonado por el enemigo, dió también á conocer al ejército hasta donde se extendía su victoria, pues los rusos se retiraron, dejando en el campo siete

(1) Expresión que usa Napoleón en uno de sus boletines.



mil muertos y mas de cinco mil heridos, á quienes el generoso vencedor se apresuró á sacar de allí despues que á los suyos. Ademas de los doce mil muertos ó moribundos abandonados en Eylau, llevaban consigo unos quince mil heridos, de mayor ó menor gravedad, por manera que tuvieron fuera de combate veinte y seis ó veinte y siete mil hombres, sin contar tres ó cuatro mil prisioneros, veinte y cuatro piezas de artillería y diez y seis banderas. La pérdida total del enemigo consistió pues, en treinta mil hombres, mientras que los franceses solo tuvieron fuera de combate, unos diez mil hombres, entre ellos tres mil muertos y siete mil heridos (1), pérdida muy inferior á la del

(1) Es cosa rara conseguir averiguar las pérdidas sufridas en una batalla con tanta exactitud como puede hacerse respecto á la de Eylau. Para lograrlo, yo he emprendido un trabajo que requiere atencion, y he aquí la verdad, á lo menos hasta donde es posible obtenerla en semejante materia. El inspector de hospitales certificó aquella misma noche en Eylau que existian cuatro mil quinientos heridos, y á la mañana siguiente, despues de recorrer las aldeas circunvecinas, hizo subir el número total á siete mil noventa y cuatro, en un parte que ha llegado hasta nosotros. En los partes dados por los cuerpos, aparece por el contrario un número mucho mayor, pudiéndose creer con arreglo á ellos que los heridos de mayor ó menor gravedad, ascendian á trece ó catorce mil; pero esta diferencia se explica por el modo con que entienden la palabra heridos los autores de dichos partes. Los gefes de los cuerpos cuentan hasta las menores contusiones, queriendo cada uno de ellos, como es natural, hacer resaltar los sufrimientos de sus soldados; pero la mitad de los hombres designados como heridos, no pensaban siquiera en ponerse en cura, como lo prueba el parte dado por el director de hospitales. Por lo demás, un mes despues se entabló una disputa muy curiosa por cartas entre Mr. Daru que no encontraba en los hospitales del Vistula arriba de seis mil heridos, y Napoleon

ejército ruso, y que se explica por el poco espesor de nuestras filas, y la habilidad de nuestros artilleros y soldados. Así, pues, en aquella jornada alcanzó el fuego ó el acero á cuarenta mil hombres de una y otra parte, es decir, que en un dia quedó destruida la poblacion de una gran ciudad, por el choque de las pasiones que abrigan los pueblos;

á quien le parecia que debia haber mas, incluyendo sobre todo, en aquel número los heridos en la batalla de Eylau, y los que lo fueron en los anteriores combates desde que levantó sus cantones. Sin embargo, despues de un exámen detenido, nunca se encontró mas de seis mil y tantos, y menos de seis mil por lo que hace á Eylau, lo cual está conforme, si se tiene en cuenta las muertes que habian ido ocurriendo, con el número de siete mil noventa y cuatro presentado por el director de hospitales. Creemos, pues, que nos ponemos en la verdad haciendo subir á tres mil muertos y siete mil heridos las pérdidas que sufrimos en la batalla de Eylau: en cuanto á Napoleon, cualquiera conocerá que al hablar en su Boletín de dos mil muertos y cinco á seis mil heridos, alteró muy poco la verdad, en comparacion de lo que habian dicho los rusos, pudiéndose asegurar tambien que la noche en que se dió la batalla, tenia fundamento para no suponer mas.

Por lo que hace á las pérdidas que sufrieron los rusos, he adoptado lo mismo que ellos dicen y han demostrado los franceses, pues en el campo encontramos siete mil cadáveres, y en los sitios inmediatos cinco mil heridos, además debieron llevar consigo mucho mayor número, pues un alemán llamado Both, dice que en Königsberg entraron catorce mil novecientos heridos, y que casi todos ellos murieron de frio, conviniendo tambien en que tuvieron siete mil muertos y dejaron cinco mil heridos en el campo de batalla. Añadiendo tres ó cuatro mil prisioneros, tendremos una pérdida total de treinta mil hombres, que no puede ponerse en duda, debiendo indicar por conclusion, que el general Benningsen, tan poco exacto siempre, confesó haber perdido veinte mil hombres.



pasiones terribles que es preciso dirigir bien, pero no tratar de extinguir.

El día 9 por la mañana encaminó Napoleon hacia adelante sus dragones y coraceros, á fin de que corriendo tras de los rusos, los arrojasen hacia Königsberg y los rechazasen para todo el invierno hasta mas allá del rio Pregel. El mariscal Ney, que no tuvo mucho que hacer en la jornada de Eylau, recibió encargo de sostener á Murat, y los mariscales Davout y Soult debian ir poco distantes, quedándose Napoleon en Eylau para cuidar de que fuesen vendados los heridos, de que se diese de comer á su ejército, y todo se pusiese en órden á su espalda, lo cual importaba mucho mas que una persecucion que sus lugartenientes eran muy capaces de ejecutar por sí mismos.

Así que se pusieron en marcha los nuestros, se convencieron mas y mas del desastre que habian sufrido los rusos, pues á medida que avanzaban, encontraban las aldeas y casas de campo de la Prusia Oriental llenas de heridos, enterándose del desórden, la confusion, y el triste estado en fin, en que se hallaba el ejército fugitivo. Sin embargo, comparando los rusos aquella batalla con la de Austerlitz envanecianse de la diferencia, conviniendo en que habian sido derrotados, pero añadiendo como para desquitarse de esa confesion, que la victoria habia costado caro á los franceses.

Hasta que no estuvieron en las orillas del Frischinga, riachuelo que corre de la línea de los lagos hacia el mar, no se pararon los nuestros; pero Murat llevó sus escuadrones hasta Königsberg. Los rusos refugiados con premura, unos mas allá del Pregel y otros en el mismo Königsberg,

demonstraron querer defenderse allí, pues habian colocado sobre los muros una numerosa artillería, y asustados los habitantes se preguntaban si iba á caberles la misma suerte que á Lubeck. Afortunadamente para ellos Napoleon queria poner término á sus operaciones ofensivas, y aun cuando habia enviado los ginetes de Murat hasta las puertas de Königsberg, no se proponia conducir allí tambien su ejército, porque para intentar con esperanza de buen éxito un ataque á viva fuerza contra una gran poblacion, provista de algunas obras, y defendida por todas las tropas rusas y prusianas que quedaban, se necesitaba nada menos que todo aquel ejército, y por muy afortunado que fuese el ataque dado contra aquella rica ciudad, no equivalia á los riesgos que podiamos correr si se frustraba aquella tentativa. Lo que hizo Napoleon fué, ya que sus cuerpos habian llegado hasta las orillas del Frischinga, mantenerlos allí algunos dias para que no quedase la menor duda de que habia alcanzado la victoria, y en seguida pensó retirarse para volver á tomar sus cantones. No hay duda que no consiguió el inmenso resultado de que se lisongeó en un principio, y que seguramente no se le hubiera escapado, si los rusos no hubiesen interceptado el pliego en que hablaba de sus intenciones; lo cierto es que los fué batiendo por espacio de cincuenta leguas, destruyéndoles nueve mil hombres en una serie de combates á retaguardia. Despues, cuando los encontró en Eylau formados en una masa compacta, cubiertos de artillería, resueltos hasta estar desesperados, y con ochenta mil soldados, incluyendo los prusianos, en una llanura donde no era posible emprender ninguna maniobra, los atacó con cin-



cuenta y cuatro mil, los destruyó á cañonazos é hizo frente á todos los acontecimientos de la batalla con imperturbable sangre fria, mientras sus lugartenientes se esforzaban en querer reunirsele. Todas las ventajas habian estado aquel día de parte de los rusos, como por egemplo, la solidez y la inmovilidad en medio del fuego, al paso que él no habia tenido todas las suyas, en un terreno en que era imposible maniobrar; pero no por eso dejó de oponer á su tenacidad un valor invencible, y una fuerza moral superior á los horrores de la carniceria mas atroz que se ha visto. Los soldados mostraron en aquella jornada una alma tan fuerte como la suya, y seguramente podia estar envanecido de semejante prueba, ademas de que si en ocho dias perdió doce ó trece mil hombres, tambien destruyó al enemigo treinta y seis mil. Pero en aquel momento es cuando debió conocer lo que valen el clima, el terreno y la distancia, pues poseyendo como poseia en Alemania mas de trescientos mil hombres, solo pudo reunir cincuenta mil en el sitio donde se dió la accion decisiva. Despues de semejante victoria debió hacer graves reflexiones, contando mas con los elementos y la fortuna, y fiándose menos en lo sucesivo en la invencible naturaleza de las cosas; y efectivamente hizo esas reflexiones que le inspiraron, segun veremos bien pronto, la conducta mejor calculada, y mas previsora que pueda darse. ¡Ojalá que hubiesen quedado grabadas para siempre en su memoria!

Aunque habia salido victorioso, y estaba libre durante muchos meses de cualquier tentativa contra sus cantones, temia sin embargo una cosa, á

saber el efecto que los mentirosos relatos de los rusos causasen en Austria, Francia, Italia, España y Europa, en una palabra, pues al ver que en el espacio de tres meses habia tenido que paralizar su marcha dos veces, ya por los lodazales, ya por las escarchas, se inclinaria á creer no era tan irresistible ni tan dichoso como parecia, pondria en duda la victoria mas cierta y cruelmente eficaz y por último intentaria quizá desconocer su buena suerte.

Resolvió, pues, mostrar en esto el carácter que habia desplegado aun en el mismo Eylau, y seguro como estaba de su propia fuerza, esperar á que mejor enterada Europa, conociese hasta dónde se estendia. En consecuencia, despues que permaneció algunos dias en las orillas del Frischinga viendo que el enemigo no salia de sus líneas, tomó el partido de retroceder para volverse á sus cantones. La temperatura continuaba siendo fria, pero sin bajar mas de dos ó tres grados, de suerte que se aprovechó de esto para conducir sus heridos en carros por medio del hielo, como así lo hizo, andando de aquel modo tan particular, sin sufrir mucho, unos seis mil, cuarenta ó cincuenta leguas hasta llegar al Vistula. El sumo cuidado que se puso en buscarlos á todos por las aldeas circunvecinas, permitió averiguar el verdadero número, conforme con el que hemos mencionado mas arriba; y cuando ya no quedaba por conducir ni heridos, ni enfermos, ni prisioneros, ni la artillería cogida al enemigo, Napoleon empezó su movimiento retrógrado el día 17 de febrero, formando la retaguardia el mariscal Ney con el sexto cuerpo, y Murat con la caballería, conservando los demas cuerpos



su posicion acostumbrada segun el órden de marcha; esto es el mariscal Davout á la derecha, el mariscal Soult en el centro, y el mariscal Augereau á la izquierda, y en fin, componiendo la estrema izquierda á lo largo del Frische-Haff, el mariscal Bernadotte, que ya se habia incorporado al ejército.

Napoleon subió el rio Alla hasta cerca de los lagos, que es donde nace así como el Passarge: varió de direccion, y en vez de tomar el camino de Varsovia, tomó el Thorn, Marienburgo y el BINGA, porque queria apoyarse en adelante en la parte baja del Vistula. Los últimos acontecimientos, habian modificado sus ideas en cuanto á la base de operacion que queria escoger, y hé aquí en qué se fundaba para semejante cambio.

La posicion que al principio tomó entre los brazos del Ukra, el Narew y el Bug, era consiguiente á haber ocupado á Varsovia, pues tenia la ventaja de proteger aquella capital, y si el enemigo se dirigia á lo largo de la costa, de permitir pudiéramos con mas facilidad dejarle atras, cogérle la vuelta y arrollarle hácia el mar, que era lo que Napoleon acababa de intentar, y lo que de seguro hubiera ejecutado, á no ser por los pliegos que el enemigo cogió. Pero, descubierta aquella maniobra, era probable que los rusos no se espondrian al peligro que acababan de evitar por una especie de milagro: la posicion, pues, que habiamos escogido delante de Varsovia no solo no presentaba esas mismas ventajas, sino que ofrecia un inconveniente y grave, cual era el de obligar al ejército á estenderse desmesuradamente, para cubrir á un mismo tiempo á Varsovia y el sitio de Dantzing, sitio que iba á ser la operacion

urgente á que era preciso consagrar los frios del invierno. Efectivamente, de situarse en Varsovia, tenia que quedarse muy distante el cuerpo de Bernadotte, con pocas probabilidades de poder reunirse al grueso del ejército; y si se marchaba hácia delante, era forzoso ademas dejar el quinto cuerpo, esto es el de Lannes, para custodiar á Varsovia. Ibamos á obrar, pues, con dos cuerpos menos, debiendo sentir en lo sucesivo tanto mas no tener á mano el cuerpo de Bernadotte, cuanto que debiamos agregarle nuevas fuerzas, para secundar y proteger el sitio de Dantzig.

Napoleon tomó, pues, la resolucion de alejarse de Varsovia, confiar la custodia de dicha capital al quinto cuerpo, á los polacos y á los bávaros (de resultas de la sumision de las plazas de Silesia, podia disponerse de estos últimos), y situarse con la mayor parte de sus tropas, delante de la parte baja del Vistula y detras del Passarge, teniendo á Thorn á la derecha, Elbinga á la izquierda, Dantzig á la espalda, el centro en Osterode, y los puestos avanzados entre el Passarge y el Alla. En esta posicion cubria el sitio de Dantzig, sin tener necesidad de separar con este objeto ninguna parte de sus fuerzas; pues si queriendo socorrer los rusos á Dantzig, iban á buscar una batalla, podia oponerles todos sus cuerpos reunidos, incluso el de Bernadotte, y aun parte de las tropas de Lefebvre, porque nada le impedia atraerlo hácia si en un caso urgente, como lo hizo en 1796, cuando levantó el sitio de Mántua para correr á donde estaban los austriacos. El dia en que tuviese que dar una batalla solo le faltaria el quinto cuerpo, que de cualquier modo que se obrase, era indispensa-



ble estuviese en el Narew, á fin de defender á Varsovia; pero á mayor abundamiento, la nueva posición daba lugar á combinaciones bien entendidas, fecundas en grandes resultados, é ignoradas por el enemigo, cuando conocia todas las que se desprendian de tener á Varsovia por base. Con acampar Napoleon detras del Passarge, distaba solo quince leguas de Königsberg, y suponiendo que los rusos, atraidos por el aislamiento aparente en que se dejaba á Varsovia, avanzasen sobre dicha capital, podiamos correr detras de ellos hácia la derecha, arrojándolos sobre el Narew y el Vistula, en los pantanos que hay en lo interior, con tanta certeza de destruirlos, como si hiciesen un movimiento hácia el mar. Si atacaban, al contrario, de frente los cantones establecidos en el Passarge, teniamos como acabamos de decir, además de la fortaleza natural de los espresados cantones, el ejército en masa que poder oponerles; por manera que aquella posición era excelente para el sitio de Dantzic, y para las operaciones que se emprendiesen en lo sucesivo, pues de ella nacian combinaciones nuevas que eran un secreto para el enemigo.

Seguramente, era un espectáculo tan notable como instructivo, ver á aquel general impetuoso, que segun decian sus detractores, solo era á propósito para la guerra ofensiva, trasladarse de un salto del Rhin al Vistula, detenerse de pronto ante las dificultades que oponian los sitios y las estacaciones, y encerrarse en un espacio estrecho, haciendo una guerra fria, lenta y metódica, disputando palmo á palmo unos riachuelos sin pararse, reduciéndose en fin á proteger un sitio, y

situado á tanta distancia de su imperio, en presencia de Europa, asombrada de aquel modo de proceder, y algo inclinada á dudar de su poderío, conservando una firmeza indestructible, no dejándose llevar ni aun del deseo de dar un golpe que hiciese ruido, y sabiendo aplazar ese golpe para cuando de resultas de la índole particular de las cosas, fuese seguro y posible. Repetimos que este era un espectáculo digno de interés, sorpresa y admiración, una ocasión preciosísima de estudio y reflexiones, para todo el que conozca las combinaciones de los hombres grandes, y tenga gusto en meditar sobre ellas.

Napoleon fué, pues, á situarse entre el Passarge y la parte baja del Vistula, con el cuerpo del mariscal Bernadotte á la izquierda sobre el primer rio, entre Braunsberga y Spandeu; el del mariscal Soult en el centro, entre Liebstadt y Mohrunen; el del mariscal Davout á la derecha, entre Allenstein y Hohenstein, en el punto donde mas se acercan el Alla y el Passarge; el del mariscal Ney de vanguardia, entre el Passarge y el Alla, en Guttstadt; y el cuartel general y la guardia en Osterode, en una posición central; en que Napoleon podia reunir todas sus fuerzas al cabo de algunas horas. Además atrajo al general Oudinot á Osterode, con los granaderos y cazadores, formando una reserva de infantería de seis á siete mil hombres, y esparció la caballería á su espalda, entre Osterode y el Vistula, desde Thorn hasta Elbinga, pais abundante en toda clase de forraje.

Al enumerar los cuerpos acantonados detras del Passarge, no hemos nombrado el de Augereau



porque Napoleon mandó disolverlo, y Augereau acababa de dejar el ejército, desconcertado con lo que le sucedió en Eylau, atribuyendo injustamente su derrota á envidia de sus compañeros, quienes segun él, no habian querido defenderle, y diciendo que estaba cansado, enfermo y gastado. El emperador le envió á Francia con muestras de contento, como para consolarle; pero temiendo no quedase en el sétimo cuerpo, medio destruido á la sazón, el desaliento que habia manifestado su gefe, mandó disolverlo, como ya hemos dicho, no sin repartir premios y condecoraciones. Repartió, pues, los regimientos entre los mariscales Davout, Soult y Ney; pero de los doce mil hombres de que se componia el sétimo cuerpo, se hallaron en Eylau unos siete mil, y de estos siete mil, habia fuera de combate dos terceras partes. De consiguiente el refuerzo que iban á recibir aquellos diferentes cuerpos era de siete á ocho mil hombres, contando los que sobrevivieron á la derrota y los que se habian quedado atras.

Napoleon situó el quinto cuerpo hácia el Omulew, algo distante de Varsovia, y como siguiese enfermo Lannes, llamó aunque sintiendo tener que privar á Italia de tan buen gefe, pero contento con poseerle en Polonia, al primero de sus generales, esto es á Massena, quien por no poder entenderse con José en Nápoles, pasó á tomar el mando del quinto cuerpo. Como los sitios de Silesia avanzaban, gracias á la energia y fecundidad de espíritu del general Vandamme, tomado ya Schweidnitz, solo faltaba que tomar Neissa y Glatz, y Napoleon se aprovechó de ello para atraer hácia el Vistula la division bávara de Deroy,

compuesta de seis á siete mil hombres de muy buenas tropas, mandando acampase en Pultusk, entre la posicion del quinto cuerpo hácia el Omulew y Varsovia. Los batallones polacos de Kalisch y Posen, habian sido enviados á Dantzig, por lo cual Napoleon reunió los de Varsovia, organizados por el principe de Poniatowski, en Neidemburgo, á fin de mantener la comunicacion entre el cuartel general y las tropas que estaban acampadas en el Omulew; poniendo al frente de ellos el general Zayonscheck. Pidió ademas que se organizase un cuerpo de caballería de mil á dos mil polacos, con el objeto de que corriesen tras de los cosacos, y destinó todas aquellas tropas polacas á enlazar la posicion del ejército grande sobre el Passarge, con la que ocupaba Massena sobre el Narew, pues aun cuando seguramente no eran capaces de contener á un ejército ruso que tomase la ofensiva, bastaban para impedir que los cosacos penetrasen entre Osterode y Varsovia, y egercer en aquel vasto espacio una vigilancia activa. Concentrado de este modo Napoleon detras del Passarge y delante de la parte baja del Vistula, cubriendo como cubria en una posicion inatacable el sitio de Dantzig, y pudiendo con una simple amenaza á Koeningsberg, contener cualquier movimiento ofensivo contra Varsovia, se hallaba en una situacion donde nada tenia que temer. A esto hay que añadir que habiéndosele, como se le habian unido, los que se quedaron atras, así como el cuerpo de Bernadotte, y reforzado con los granaderos y cazadores de Oudinot, podia reunir en cuarenta y ocho horas ochenta mil hombres en cualquiera de los puntos del Passarge; situacion



muy respetable, sobre todo si se la compara con la de los rusos, que no podían poner en línea cincuenta mil hombres. Pero es digna de ser repetida la observación que ya hemos hecho sobre que un ejército de más de trescientos mil hombres, esparcido desde el Rin hasta el Vístula, y gobernado con una habilidad que nunca se ha visto en ningún otro general, se veía imposibilitado de presentar en el mismo campo de batalla más de ochenta mil hombres. Efectivamente, había de ochenta á noventa mil hombres capaces de poder obrar ofensivamente entre el Vístula y el Passarge; veinte y cuatro mil en el Narew, desde Ostrolenka á Varsovia, incluyendo los polacos y bávaros; veinte y dos mil á las órdenes de Lefebvre delante de Dantzic y Colberga, veinte y ocho mil á las de Morthier, entre italianos, holandeses y franceses, esparcidos desde Brema y Hamburgo hasta Stralsund y Stettin, quince mil en Silesia tanto bávaros como wurttembergenses, treinta mil en las plazas, desde Posen hasta Erfurt y Maguncia, siete ú ocho mil empleados en los parques de artillería, quince mil heridos en todas épocas, sesenta y tantos mil enfermos y merodeadores, y por último, de treinta á cuarenta mil reclutas en marcha, lo que hace poco, más ó menos, trescientos treinta mil hombres, entre ellos doscientos setenta mil franceses; y cerca de sesenta mil auxiliares italianos, holandeses, alemanes y polacos.

Sin duda parecerá una cosa singular ese número enorme de sesenta mil enfermos ó merodeadores, número muy aproximado (1) como difícil

(1) Nunca pudo el emperador fijarlo exactamente, de re-

de fijar, pero digno de llamar la atención de los hombres de estado que estudian los resortes ocultos en que estriba el poderío de las naciones. De esos sesenta mil hombres que pasaban por enfermos y no se hallaban en las filas, ni la mitad existía en los hospitales, y los demás se ocupaban en el merodeo, pues ya hemos dicho que muchos soldados no concurrieron á la batalla de Eylau, de resultas de la rapidez de las marchas, y que se esparció alejadas distancias la impresión que causaba aquella terrible batalla, los cobardes y la pillería huyeron desalados, diciendo que los franceses se hallaban en derrota. Después se agregaron á ellos muchos hombres que supretesto de enfermedad ó heridas leves, pedían se les trasladase á los hospitales, pero se guardaban muy bien de ir á ellos, porque allí se les detenía, se les vigilaba, y así daba con un esmero que rayaba en fastidio. Así es que pasaron el Vístula, y vivían en las aldeas á derecha é izquierda de la carretera, á fin de librarse de la vigilancia general que contenían los límites del orden á todo ejército; pero vivían á costa del país, del cual no hacían caso alguno, porque parte de ellos eran unos verdaderos cobardes, que siempre, y por muy heróico que sea un ejército, no faltan en sus filas, y parte de ellos eran muy valientes al contrario, aunque aficionados al robo por naturaleza, amigos de la libertad y el desorden, y dispuestos á volver á sus cuerpos así que sabían se había vuelto á dar principio á las operaciones. Enterado Napoleón de se-

sultas de la continua variación que se notaba en el número efectivo de los cuerpos.



mejante estado de cosas por la diferencia que había entre el número de hombres que se creía se hallaban en los hospitales, y el que aparecía en los estados de gastos de Mr. Daru, fijó su atención en este abuso, empleando para recibirlo: primero, la policía de las autoridades polacas, y después la gendarmería escogida agregada á su guardia, como la única tropa que podía hacerse obedecer por lo respetada que era. Sin embargo, nunca pudo destruirse completamente en la línea de operaciones esa lepra que va en pos de los grandes ejércitos; y eso que el de que se trata aquí era el del campamento de Boloña, esto es, el más sólido, disciplinado y valiente que ha habido jamás. En la campaña de Austerlitz, apenas se dejaron ver los meriodadores; pero con la rapidez de los movimientos, la distancia, el clima, la estación y la matanza se relajaron los lazos de la disciplina, y esa polilla, triste resultado de la miseria en un gran cuerpo, empezó á pulular. Napoleón cuidó de atajar el mal con su acostumbrada prevision, y las victorias que alcanzó después; pero las derrotas pueden hacer que semejante mal degenera al cabo de algunos días en disolución de un ejército. Así, pues, aun en medio de los triunfos de la magnífica y terrible campaña de 1807, aparecieron varios síntomas de la de 1812, eternamente fatal y memorable.

El regreso á nuestros cantones produjo algunos movimientos por parte de los rusos, cuyas filas habian disminuido singularmente, quedándole solo cincuenta mil hombres en estado de poder obrar. Sin embargo, enorgullecido el general Bennysen por no haber perdido en Eylau toda

su gente, y apellidándose vencedor, como lo tenia de costumbre, quiso dar á sus fanfarronadas la apariencia de la verdad. Para ello dejó á Kœnigsberga así que supo que el ejército francés se retiraba hácia el Passarge, y se presentó con algunas fuertes columnas á lo largo de dicho rio, sobre todo en la parte alta, hácia Guttstadt, frente á la posición que ocupaba el mariscal Ney. Mal encaaminado iba hácia allí, pues el intrépido mariscal, á quien no cupo la honra de batirse en Eylau, ardía en deseos de impaciencia de poder desquitarse, y recibió vigorosamente los cuerpos que se le presentaron, causándoles notable pérdida. Al mismo tiempo, el cuerpo del mariscal Bernadotte, que trataba de situarse en la parte baja del Passarge, teniendo para ello que ocupar á Braunsberga, se apoderó de esta población, donde hizo á los prusianos dos mil prisioneros; brillante expedición cuyo buen éxito se debió á la división de Dupont. Los rusos continuaron no obstante moviéndose, como si quisieran dirigirse á la parte alta del Passarge, y Napoleón tomó á principios de marzo el partir de aquel hácia la parte baja una demostración ofensiva, á fin de inquietar al general Bennysen con respecto á la seguridad de Kœnigsberga. Mucho sentia Napoleón tener que emprender semejante movimiento, pues era lo mismo que revelar á los rusos el riesgo que corrían de subir hácia nuestra derecha para amenazar á Varsovia: sabia harto bien que una maniobra descubierta es un recurso perdido, y no queria obrar del todo ú obrar de un modo decisivo marchando sobre Kœnigsberga con todas sus fuerzas; pero por una parte, era preciso obligar al enemigo á que se